

LINEAS

ASENSIO SÁEZ, DE LA MINA A LA HUERTA

En una de mis visitas a Francisco Javier Díez de Revenga, mi buen maestro, con su delicadeza acostumbrada depositaba en mis manos una serie de libros, portadores del sello que delataban su origen: Academia Alfonso X el Sabio. Como siempre se hace en estos casos, tomé sin turno riguroso cada uno de estos volúmenes, estableciendo un orden de prioridad para su lectura. Un libro no muy extenso, no llegaba a 150 páginas, con un título atrayente y sugestivo nos llamó la atención: «Parte de Murcia». El autor, Asensio Sáez, para mí que sólo soy un principiante en estas lides, me sonaba ligeramente.

No nos conformamos con el oficio de simple lector y nos hemos atrevido a adentrarnos unos metros más en ese gran salón sin tabiques que resulta ser la literatura de este escritor que supo perdonar el pecado de nuestra ignorancia.

Siempre ha venido ocurriendo lo mismo: el escritor de provincias se ha fiado la manta al hombro y un buen día sus huesos han ido a dar a una pensión barata y húmeda de la capital de España. Pese al incómodo vivir, desde allí parece que se está más cerca, aunque no se sabe de qué, si del sonado éxito o del fracaso más rotundo. Este ha sido, digo, un camino común de muchos artistas.

Asensio Sáez, bendita idea la suya, ha pensado que no sólo no se debe huir del ambiente provinciano, sino que además hay que permanecer, fidelidad impercedera, en el pequeño pueblo testigo mudo de sinsabores y alegrías. Y ahí queda y desde ahí medita y escribe. Desde La Unión proyecta su palabra que, sin apenas ayuda, ha de trascender más allá de lo puramente localista para convertirse en universal e impercedera.

«El escritor —nos comenta Asensio Sáez— es uno de los seres más sociables que dominan la tierra». Y así lo creemos nosotros oyendo las amables palabras del escritor o, en el silencio, leyendo sus obras.

Pintor, escritor, colaborador de importantes periódicos de nuestro país, miembro de la Academia Alfonso X el Sabio, finalista del Premio Nacional de Literatura, uno llega a pensar si no le vendrá pequeño el pueblo y, más aún, la provincia donde habita. Pero, en realidad, así lo ha querido el escritor por decisión propia, porque, de otro modo, otros colores y otras ajenas y distintas palabras correrían por sus cuadros o sus escritos.

No es del todo extraño que un pintor se dedique a la labor del otro arte de la escritura o viceversa. Entre los nuestros podemos recordar a Manuel Muñoz Barberán. Sin embargo, pocos como Asensio Sáez saben realzar esa feliz fusión de dos artes de medios tan dispares, de fines tan comunes. «Debe haber un trasvase —nos dice el escritor— entre la pintura y la literatura. En ambos casos sólo pretendo ser el alma ante una creación mía».

En el prólogo del libro «Parte de Murcia» (1), realizado por el propio autor, nos habla de su «encuentro de una personal óptica colorista». Y en verdad que en su libro nunca faltará esta nota cromática que hace presente siempre su otra faceta de artista. «Murcia es color», nos dice Asensio Sáez. «La prosa colo-

rista de Gabriel Miró —se atreve a afirmar nuestro escritor— es debida a que este escritor bebió de nuestra geografía». Precisamente en «Parte de Murcia» uno de sus capítulos que lleva por título, como el libro de Miró, «El ángel, el molino, el caracol del faro», recordará muy emocionadamente los pascos del escritor levantino por Cabo de Palos: «Acabo de nombrar a Gabriel Miró, un día terco y enamorado veraneante de Cabo de Palos, tan devoto de su paisaje que de sus médulas y sustancias sapo sacar temas para uno de sus libros —«El ángel, el molino, el caracol del faro», hermoso y deslumbrador como todos los suyos».

La huerta da a su paleta todas las tonalidades verdes y brillantes. El campo cartagenero y la mina unionense proporcionan al artista colores más brumosos, ocres y pardos. La huerta y la mina coinciden en un color, al menos unos días al año: el rojo intenso de los encapuchados nazarenos «que salpican a Murcia» con sus túnicas de brozados encendidos.

Mención especial necesita el capítulo de este libro que lleva por título «Mar Menor». Se trata, como casi todos los capítulos que componen el libro, de un artículo periodístico que, en este caso, fue publicado en LINEA, en 1956.

(1) Asensio Sáez: «Parte de Murcia». Academia Alfonso X el Sabio (Biblioteca Murciana de Bolsillo). Murcia, 1979.

En este pequeño apartado, la nota colorista es bien patente. Diríase, aunque uno no entienda mucho los secretos de la pintura, que pluma y pincel son una misma cosa. Sus palabras no hacen sino perpetuar una imagen fresca: «Aparecen sus pueblos desdibujados en un vaho de sal: Lo Pagán, Santiago de la Ribera, Los Alcázares, Los Urrutias, Los Nietos... Y en medio del azul redondo de las aguas va emergiendo la graciosa levedad de las islas barnizadas de sol. Separándolo todo del «Mar Mayor», Mediterráneo padre, La Manga, cordón de dunas, de un dorado pálido de serrín, que ata las tierras del Mojón con Cabo de Palos» (pág. 103).

Le preguntábamos extrañados al escritor de qué modo, casi inédito, ha sabido conjugar dos paisajes tan diferentes —la mina y la huerta— con sus tierras tan alejadas y distantes. «Son dos caras de una misma moneda», nos dice Asensio Sáez.

«Parte de Murcia» es precisamente la huera que contiene la moneda portadora de esas dos caras que juntas forman una unidad indestructible. El

libro queda dividido en cuatro partes —la urbe, la huerta, la mina y el mar— donde se produce el feliz acercamiento.

Tan emocionadas son las palabras referidas a nuestra huerta como las que pueda dedicar a la mina, tan cercana y querida del autor. Y ahí, pensamos, está el valor de este pequeño libro y de este gran escritor de una talla como pocos.

No es Asensio Sáez un escritor eventual de las cosas de nuestra ciudad y nuestra huerta. Muchos han sido los escritores que, venidos de otras tierras, han dejado el sentencioso y lapidario elogio de esta ciudad, basado en la visión rápida e improvisada. No es este el caso de nuestro escritor que profundiza en algunos aspectos de nuestra huerta hasta el punto que, en ocasiones, nos descubre cuadros de costumbres olvidados o ignorados por los que aquí, desde siempre, hemos morado. Léanse al respecto estas palabras sobre la llamada «jarra de siete picos».

«Si la jarra murciana, ya decrepita y cuarteada, ganada por la musgosa ova verde, perdía un día parte de sus gracias y virtudes, aún llegaba a contar entonces con nuev oy galano menester: en el fondo se le abrían livianos agujerillos, llenábase su interior de amorosa tierra y así quedaba convertida en alegre maceta de alábega» (pág. 51).

En la primera parte de su libro —La Urbe—, dentro del capítulo titulado «Las calles», recuerda alguno de los lugares más entrañables y tradicionales de nuestra ciudad: «Sepa por otra parte, que en el cruce de Platería y Trapería quedan las Cuatro Esquinas, el ombligo sentimental de Murcia por el que el murciano debe pasar por lo menos una vez al día. En Trapería, además del hombre de la lotería, el de los periódicos y el de los globos, triunfan los Bancos, circunstancia que hubiese hecho feliz a Alfonso X, que en sus privilegios llegó a favorecer a los comercios de esta calle, antigua sede de los más famosos mercaderes de trapos o paños de Francia y de otras partes» (pág. 18).

En la tercera parte del libro —La Mina— Asensio Sáez se adentra en un mundo del que jamás ha dejado de tener contactos y servir con sus constantes publicaciones al respecto. Sus constantes alusiones a la mina no sólo han sido motivo esencial de muchos de sus ensayos publicados en diversos periódicos. Su obra más puramente creativa también contiene directas alusiones a la actividad minera. En un cuento publicado en 1978, en la revista «Monteagudo», y que lleva por título «La butaca vacía», se nos presenta una familia cuyo padre vive sus últimos agónicos momentos, «averiado por el polvo de la mina»: «Allí, claro, siempre se estuvo hablando de los pulmones mientras él vivió. Era una palabra redonda y fresca que, en el fondo, parecía gustarle a todos».

De La Unión y su mina recoge coplas y leyendas, muchas de ellas tomadas de la tradición oral, salvaguardándolas del olvido:

«Cuando yo voy pozo abajo me encomiendo en Dios divino y cuando voy pozo arriba en las mujeres y el vino»

«Siempre he pretendido —nos dice nuestro escritor algo decepcionado— que las personas encargadas de la Administración se diesen cuenta a tiempo de que hay que poner remedio al deterioro de nuestros paisajes y

aún algo más que una simple prosa elaborada. Da la impresión que, en ocasiones, estamos leyendo pura poesía.

Usted tiene mucho de poeta, le digo al autor. Y él no quiere guardar por más tiempo su secreto y me descubre que su primer libro fue de poesía. Y, de vez en cuando, esos poemas salen de su pluma sin control métrico, simulados en los prolongados renglones de su prosa.

Si el color es manipulado y dominado en el lienzo, trasladado al papel, la adjetivación dará la justa tonalidad colorista o espiritual a sus palabras. Como Azorín o su admirado Gabriel Miró, se recrea con el adjetivo. Frena el atropellado renglón y confiere suavidad y armonía a la prosa. No duda en usar frecuentemente la triple adjetivación que ha distinguido a los dos reconocidos escritores levantinos: «...también evoca bondad y pulcritud monjiles —leemos en un cuento de Asensio Sáez—, las cuales se desvanecen si alguna vez levanta la mano con ignorada coquetaría suavemente maligna, sujetándose una peinecilla del moño o fijando una ondulación de su cabellera limpia, maciza y azafranada por la tintura de las canas».

Otras veces juega con el orden de las palabras, consiguiendo así unos efectos estéticos que, hasta ahora, han hecho distinguir la prosa del verso: «...resta aún, invulnerable, estrambote de las viejas y merecidas famas, el huerto, y no es poco, pues alcanzar su estampa bien compuesta, a la vera de la carretera que conduce a La Manga del Mar Menor, pura delicia para los ojos viene a resaltar» (pág. 109).

Como apuntábamos más arriba, tanto su actitud como su lenguaje nos trae constantemente a la memoria al Gabriel Miró de «Años y lenguas», andariego e inmortalizador de las tierras de Polop, en la Marina Alta. Una nota distingue a Asensio Sáez: su constante uso del refranero, de la palabra recién «pillada» y viva como las doradas y los magres del Mar Menor. Los personajes que nos presenta en sus cuentos tienen vida por sí mismos, pues son capaces de no contagiarse del subjetivismo del creador y por su boca expresan el justo refrán que a palo viene en ese preciso instante.

Hay quienes dicen que no nos merecemos —pueblo ingrato en ocasiones— a nuestros escritores. Y el que ahora escribe queda pensativo y trae a la memoria unos versos del poeta peruano Rodolfo Hinostroza:

«Mala peste al país que abandona a sus héroes, que caen como una estampa bíblica

con la sal en el rostro».

Y quien dice héroes dice escritores.

J. Belmonte Serrano



Asensio Sáez

costumbres que, poco a poco, van desapareciendo». Su voz es tenue, tranquila. Nada hay de griterío estridente ni en sus palabras ni en sus escritos. Pero calla. Y en oscuras madrugadas en silencio y paz sosegada deja correr su pluma con palabras que parecen tranquilas y son de dolor: «¿A dónde se fueron los molineros de cara saludable y redonda, cara de hogaza, marineros de tierra adentro, centinelas de su garita, que era el molino, payasos enharinados, en fin? ¿En qué lugar oculto del mundo se escondieron aquellos molineros que recordaban siempre una figurilla de belén, dejando abandonados sus molinos, ya pasto de todos los olvidos, ya ruinosos torreones de castillo de irás y no volverás, coronados por pájaros de mal agüero?» (pág. 135).

El escritor es escuchado tarde. Ahora, según él mismo nos comenta, quieren resucitar este paisaje sin igual de los molinos del campo cartagenero. «Hemos dejado a nuestros molinos desmoronarse sin piedad. Un muñón de adobes, una torre desmochada, recuerdan hoy glorias molineras ya muertas y olvidadas».

Hemos dejado muy a propósito para el final el capítulo dedicado al lenguaje de nuestro escritor. «Lo mío —nos decía Asensio Sáez— es un tipo de prosa elaborada a la que tan fiel han sido siempre autores como Alemán Sáinz, Salvador Jiménez, Castillo Puche y Carmen Conde». Uno lee atentamente las líneas de sus ensayos o sus cuentos y llega a la conclusión de que, en cierta medida, hay